



20002
-m55
36
V. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UNA CIEGA

XXXIX

¡Ay! ¡pobre Aissé! á pesar de su virtud, no obstante sus resoluciones heroicas, era la más sensible de las criaturas; amaba á su hidalgo con pasión insólita en nuestros días; y no se contentó aquélla con decírselo, sino que tuvo la debilidad de probárselo. Pero ¡qué miedo tenía Aissé de la señora de Feriol! ¡cómo se escondía de ella! ¡con qué valor le mentía cara á cara cuando aquélla le vituperaba tal amor!

— No, señora — decía la joven, — no amo al caballero; lo que á mí me place de él es su ingenio, su gracejo, su amabilidad, pero nada más.

— Atienda V. que no se lo acrimino — contestaba la señora de Feriol; — cuanto más que nadie es dueño de su corazón. Sin embargo, bueno es que V. sepa de antemano que el caballero no la tomaría á V. por esposa. Además, ¿quién casaría con V.? Todo el mundo está convencido de que es V. la esclava del embajador en la acepción más amplia de la palabra.

— Felizmente Dios sabe que no es así.

Estas escenas se repetían con frecuencia; Aissé me las ha contado después, porque entonces no las co-

municaba á nadie. La señora de Feriol, que hacía alarde de su viejo mariscal Uxelles, no se habría atrevido á tratarla con rigor excesivo; pero hubiera querido dominar en absoluto el corazón de Aissé y el del caballero, y ellos no lo querían de ningún modo; eran dos voluntades diferentes.

En esto, para que nada faltase á entrambos amantes, la persecución y los celos tomaron cartas en sus amores, no entre ellos, pues nunca se había visto una unión más cariñosa y uniforme, sino por parte de un príncipe poderoso, el duque de Orleáns.

Aissé era grande amiga de la señora de Parabere, y, como todos los que la conocían íntimamente, sentía por ella una verdadera amistad. La señora de Parabere era excelente, y su galantería no nos tocaba á nosotros. Era una persona segura, fiel y adicta, á quien podía pedirse un favor, y que sabía obligar con su incansable solicitud. Todo lo hubiera dado á sus amigos, y una vez la vi empeñar sus diamantes por no tener dinero para sacar de apuros á la anciana señora de Vieuville, allegada suya, y á la cual quería desde su infancia. Aissé estaba, pues, apegada á la señora de Parabere, y con mucha frecuencia iba á su casa, donde un día encontró al regente, que se quedó asombrado de su hermosura como todos; y, para el regente, quedar asombrado de la hermosura de una mujer, era deseable.

Durante algunos días, el duque de Orleáns desatinó hablando de la hermosa griega, y á tal extremo llegó en su lenguaje, que los sollastres que lo rodeaban le dijeron que era mucha bondad la suya al privarse de aquélla, cuanto más que no había necesidad de tantas precauciones, por ser, como era, la querida del señor de Feriol, el embajador, sin contar á Argental y á Pont-de-Veyle, que habían sido los primeros en declarársele, y la corte y la ciudad entera.

Ya con las manos en la masa, no reparaban en algunas docenas más ó menos.

— Duéleme en el alma — contestó el regente, el cual, con ser disoluto, debido al funesto influjo ejercido en él por Dubois y sus atláteres, era ingénitamente honrado; — me duele en el alma, pues tiene el aspecto casto y puro.

— ¡Ah! ¿quién fía en tales apariencias? — dijo uno de los presentes.

Los cuales se esmeraron de tal suerte, que dieron á entender al duque de Orleáns que, sin más formalidades, hiciese robar á la infeliz Aissé.

Ahora bien, cierto día en que la joven regresaba de misa, muy de mañana, envuelta en sus tocas y acompañada de un lacayuelo del embajador — al que arrebataron también para que no fuese á contar la proeza, — se la llevaron en carroza cerrada al Palacio Real, haciéndola pasar por calles desviadas, y la bajaron ante una puertecita que ella no conocía.

Aissé detestaba el ruido y la publicidad; pero al verse sorprendida clamó socorro, y á sus voces acudieron uno ó dos transeuntes, que al punto fueron apartados. Entonces, al verse instalada, á pesar de sus esfuerzos, en la carroza, se calló, dejó de resistir, y llamó á sí todas sus fuerzas. Dos hombres, embozados en sendas capas y con los sombreros hasta los ojos, estaban en el interior de la carroza, y uno de ellos la tranquilizó diciéndole que no le causarían mal alguno.

— ¿Así, pues, soy una presa de Estado? — preguntó Aissé.

— Presa del Estado del amor, señorita — contestó el mismo embozado, — y esperamos que, al conocer usted al carcelero, se le hará á V. agradable la prisión.

La joven guardó silencio, y, revolviendo en su faltriquera, se cercioró de que llevaba consigo un puñalito del que nunca se desprendía, siguiendo la costumbre de su tierra. La pobre comprendió que los gritos y la resistencia serían inútiles, y que sólo le tocaba preparar su defensa para el momento esencial. Ovíllose, pues, en el testero de la carroza, y esperó.

Al rogarle que se apease, Aissé lo hizo, y subiendo con paso firme los escalones donde diariamente tropezaban tantas virtudes, llegó, siguiendo á su guía, á un gabinete delicioso, donde la dejaron sola el tiempo suficiente para que ella pudiese admirar los suntuosos cuadros, los espejos y los cortinajes, las mullidas alfombras y los cómodos asientos que lo adornaban, así como el oro y las joyas que en gran cantidad brillaban sobre el tocador.

En esto entró en el gabinete una criadita de lindo jeme, hizo una cortesísima reverencia á la joven, y le dijo:

— Señorita, está V. en su casa, y yo me pongo á su disposición para lo que guste ordenarme. No tiene V. más que escoger.

Dichas estas palabras, la criadita abrió sucesivamente cuatro puertas con espejos, y, con ademán de satisfacción, le mostró un dormitorio digno de Venus, una sala donde estaba preparado un baño perfumado, una mesa servida de un modo capaz de despertar el apetito á un muerto, y un gabinete tocador atestado de cuanto puede cautivar á la mujer más coqueta y descontentadiza.

Aissé lo miró todo con la indiferencia y la castidad con que miraba todo lo que no era su amado, y dijo sosegadamente:

— Es muy hermoso; pero me están esperando en mi casa, y me haría V. un singular favor si fuese por mi carroza.

— ¡Una carroza! — exclamó la criadita, mirando con tal asombro y estupefacción á la pobre Aissé, que ésta casi se rió.

— Sí, una carroza para irme; ya he dicho á V. que me apremia regresar á mi casa — dijo Aissé.

Por toda contestación, la criadita hizo una reverencia y dejó sola á la joven, que sentóse en un sofá, y sacando de su bolsillo un rosario, se puso á rezarlo con gran devoción.

Así esperó Aissé hora y media, transcurrida la cual se abrió una puerta en la que aquélla no había reparado todavía, y entró un hombre que se esforzaba en disimular su presencia. Aissé permaneció sentada y preparó su puñalito, y cuando, al acercársele el recién llegado, echó de ver que éste era el regente, exclamó con vehemencia:

— ¡Ah! señor, Vuestra Alteza va á librarme.

— ¡Librarla á V., señorita! ¿y de qué? ¿Quién la aflige? Cuente V. conmigo.

— Me han arrebatado violentamente, me han traído aquí contra mi voluntad, y contra mi voluntad aquí me retienen.

— ¡Qué! ¿no se encuentra V. bien aquí? ¿le falta á V. algo? No tiene V. más que ordenar.

— Señor, ante todo, ¿dónde estoy?

— En el Palacio Real, ¿No lo sabía V.?

— Señor, hanme traído aquí sin preguntarme mi parecer.

— ¿En verdad, señorita? — profirió el duque con gesto conmovido. — Yo creía...

— ¿Qué, monseñor? — articuló con gran dignidad Aissé.

— Creía que V. era una señorita alegre, aficionada á reír y á divertirse, y habianme dado por cierto que no le desagradaría á V. pasar un día con Felipe de Orleans.

— ¿Qué más, monseñor? Me gustaría saberlo para poder contestar.

— Me interroga V. de un modo, que casi me intimidaría. Tiene V. un aparato de princesa y de reina que no sienta á la esclava del señor de Feriol, á la amante de sus dos gallardos sobrinos, á la condescendiente amiga de cuantos la buscan y rinden culto á la diosa de Pafos en los felices tiempos en que vivimos.

— ¿Todo eso han dado á entender á monseñor? Entonces me explico lo que ha pasado, y disculpo á Vuestra Alteza. Sólo tengo que decir á Vuestra Alteza una cosa, y es que amo á un hombre, un hombre á quien monseñor no ha nombrado por no sospechar indudablemente quién es. Aparte de ese hombre, ningún otro ha besado el orillo de mis mitones, monseñor, ni obtendrá de mí una mirada, mal fuese príncipe ó rey.

— ¡Ah! — replicó el regente, asombrado, — ¿verdaderamente es así, señorita?

— Sí, monseñor. No grito, ni me lamento, por no estilarse esto en mi tierra; pero si quisiesen apremiarme, sé el modo de ponerme á cubierto.

— ¿Apremiarla á V., señorita? ¡Dios me libre! No tengo necesidad de robar nada á nadie, y si mi presencia le es á V. molesta, voy á ordenar que la conduzcan á V. inmediatamente á su casa; pero me interesa V. en alto grado, y no querría que se fuese V. sin habérselo yo probado.

— La prueba más grande que monseñor puede darme, es dejarme salir.

— ¡Cómo! ¿sin almorzar conmigo?

Aissé miró al príncipe, y al ver que la bondadosa y leal fisonomía de éste no expresaba más que sus palabras, comprendió que un acto de desconfianza lo disgustaría, y dijo:

— Bueno, almorzaré, monseñor; pero luego á luego

de haber almorzado me volveré á casa del señor de Feriol, ¿no es verdad?

— Se lo prometo á V.

Aissé y el regente almorzaron sin que nadie les sirviese y sin que aquélla se quitase el tocado; luego, y á solicitud de la joven, entró la criadita, á quien el duque ordenó que fuese por una carroza y acompañase á la hermosa griega.

El príncipe ofreció á ésta un preciosísimo brazalete como recuerdo, á lo cual replicó Aissé:

— No, monseñor, nos acordaremos uno de otro; permítame Vuestra Alteza que lo dé á esta muchacha; constituirá su dote y le permitirá dedicarse á un oficio más decoroso.

Antes de mediodía, Aissé y el lacayuelo estaban de vuelta en casa del señor de Feriol, que ni siquiera había advertido la ausencia de la joven.

XL

La hermosa Aissé no contó lo que le había pasado en el Palacio Real, más que á la señora de Parabere y á mí; al hidalgo nada le dijo, por no darse importancia, como hubiera hecho cualquiera otra. Sin embargo, no tuvo más remedio que decírselo, porque le contaron de un modo muy diferente el lance, según las previsiones de los disolutos. Aydié admiró á la honesta Aissé, y la amó de todo su corazón, con ternura *capaz de arrebatar el pensamiento*, que dijo no recuerdo qué poeta.

¶ Ambos amantes se veían en secreto en una habitacioncita contigua á la casa de la señora de Parabere, y en ella pasaban juntos días enteros. Excepto la se-

ñora de Feriol, todos sus amigos estaban enterados de aquella intimidad, y se interesaban vivamente por ella. Lor Bolingbroke y la señora de Villette, sobre todo, eran los más versados en tal asunto, tanto que, hallándose Aissé apurada por la carga de un hermoso fardo, la señora de Villette hizo expresamente un viaje á Inglaterra para que *creyesen* que se llevaba consigo á la joven. Interin, la hermosa griega, escondida en una blanca y aislada casita situada al extremo del barrio de San Honorato, echaba al mundo una niña parecida á su madre, y recibida por el más dichoso de los amantes y la más fiel de las sirvientas.

A la niña la bautizaron con el nombre de Cesarina Leblond, y la pusieron en manos de la señora de Villette al regresar ésta de Inglaterra. La señora de Villette presentó la niña á todo el mundo como una parienta de milor, llamada miss Black. Así pudo Aissé ver con cierta libertad á su hijita. La señora de Villette, de suyo algo inconstante, excepto para su amado lor, se cansó de la niña, y pretextó no poder educarla. Pusieron, pues, á Cesarina en el convento de Nuestra Señora de Sens, del que era abadesa la señora de Villette, hija del primer matrimonio de la marquesa.

Cesarina pasó largo tiempo en el convento, hasta después de la muerte de su madre, y su desconsolado padre la sacó de él para casarla con un hidalgo del Perigord, llamado el vizconde de Nantye.

El bueno de Aydié era prudente, un Bayard; Voltaire lo tomó por modelo de su Coucy, así como el de su amigo el caballero Frossay. Lo mejor que puedo hacer es transcribir aquí un retrato de él, trazado por mí cuando resucitamos la moda de las semblanzas, á imitación del siglo precedente y de la corte de la gran *Mademoiselle*. ¡Cuándo pienso que fuí tan amiga del señor de Lauzún, que estuvo en un tris como no se casó conmigo!

«Aydié es hombre de ingenio ardiente, firme y varonil. Todo en él tiene el vigor y la verdad del sentimiento. De Fontenelle se dice que en el sitio del corazón tiene un segundo cerebro, y de Aydié podría decirse que su cabeza encierra un segundo corazón, probando así la verdad de lo dicho por Rousseau, esto es, «que en el corazón es donde reside el ingenio».

«Nunca las ideas del hidalgo son debilitadas, sutilizadas ni enfriadas por una metafísica vana. Todo en él es impulso primero; se abandona á la impresión que le causan los puntos de que trata, y, con frecuencia, se enardece conforme habla, y se turba buscando la voz que con más propiedad puede verter el pensamiento; y el esfuerzo que entonces hace da más empuje y energía á sus palabras. No toma ideas ni expresiones de nadie; cuanto ve y dice, lo ve y lo dice por vez primera. Sus definiciones son exactas, robustas y vivas; en suma, el hidalgo nos demuestra que el lenguaje del sentimiento y de la pasión es la sublime y verdadera elocuencia.

«Pero el corazón no tiene la facultad de sentir constantemente, descansa de cuando en cuando: entonces Aydié parece no existir. Envuelto en tinieblas, es otro hombre, y pudiera creerse que, gobernado por un genio, éste lo toma y lo deja según su capricho. Apágase por completo su inteligencia, sus ideas se enturbian, y sus expresiones, en vez de enérgicas, son exageradas. Echase de ver que se busca á í y no se halla; desaparecido el original, no queda sino la copia. Aunque el hidalgo piense y obre por sentimiento, no por esto deja de ser quizás el hombre de mundo más apasionado y más sensible; pero son tantos los objetos que lo impresionan, que es imposible que cada uno en particular lo conmueva profundamente. Su sensibilidad está, por decirlo así, distribuída en todas las diferentes facultades de su alma, y este esparci-

miento podría muy bien resguardarle el corazón y asegurarle una libertad tanto más grata y firme cuanto está por un igual distante de la indiferencia y de la ternura. Sin embargo, Aydié cree amar, y en esto quizá se engañe. Se apasiona por las virtudes de sus amigos; se enardece hablando de sus deberes para con ellos, pero de ellos se aparta sin pesar, por manera que podría sospecharse que nadie es absolutamente necesario á su dicha. En una palabra, el hidalgo parece más sensible que afectuoso.

«Cuanto más libre es un alma, más fácilmente se la conmueve; por eso toda persona meritoria puede esperar de Aydié algunos instantes de sensibilidad. Quien habla con el hidalgo, tiene la satisfacción de enterarse de su propio valer por las muestras de afecto que él le da; y esta especie de alabanza y de aprobación es más lisonjera que la únicamente concedida por el talento, en la que el corazón no toma parte alguna.

3. Aydié tiene el discernimiento despejado y sutil, y refinadísimo el gusto; no puede permanecer simple espectador de las necedades y de las faltas del género humano. Cuanto aja la probidad y la verdad, es objeto de su censura; sin misericordia por los vicios y sin indulgencia por las ridiculeces, es el terror de los malos y de los necios, los cuales se dan á entender que se vengan de él acusándole de ser desmedidamente severo ó virtuoso de mentirijillas; pero la estimación y el afecto de las personas de valer lo vengán cumplidamente de tales enemigos.

«El hidalgo se conmueve y altera con demasiada frecuencia, para que su genio sea igual; pero esta desigualdad es más agradable que molesta. Desazonado sin tristeza, misántropo sin esquivéz, siempre sincero y natural en sus mudanzas, place por sus propios defectos, y todos sentirían que fuese más cumplido.»

En el tiempo á que se refiere la transcrita semblanza, Aydié era ya hombre casi maduro; la pobre Aissé había muerto, y aquél nunca jamás se consoló de su pérdida; en su vida volvió á querer á mujer alguna como había amado á ella. Nosotras lo veíamos muy á menudo, y... Pero no es ahora ocasión de hablar de él cual era en aquellas circunstancias, sino de volver á su florida juventud, cuando era un verdadero héroe de novela.

Aydié amaba á Aissé con pasión rayana en el delirio; no es metáfora decir que sólo alentaba para ella. Vivía siempre en presencia de su amada, aun en las ocasiones que no la veía, y cuando lo sorprendían distraído, lo que pasaba con frecuencia, y le preguntaban qué tenía, le daba un sobresalto y respondía:

— ¡Ah! es verdad, Vds. perdonen, no estaba aquí, estaba con ella.

XLI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Aydié quería tan entrañablemente á la amable Aissé, que, cierto día, y después de una semana de no haberlo visto, pues vivía retirado, me visitó y me dijo inopinadamente:

— Señora, he venido para consultarla.

— ¿Consultarme á mí? Más de dos amigos nuestros dirían que indudablemente se propone V. hacer una tontería.

— ¡Una tontería! No diga V. eso; lo que voy á hacer lo he reflexionado maduramente.

— Las tonterías meditadas son las mayores.

— En fin, señora, vivir como vivo no es vivir; probablemente ha notado V. que Aissé descaece á ojos vistas. ¿Sabe V. por qué?

— Dicen que se aman Vds. con exceso.

— ¡He ahí lo que es la sociedad! No, Aissé y yo no nos amamos con excesc. ¿Por ventura puede amarse excesivamente? Lo que hay es que nos amamos como deberíamos no amarnos. La espero, va á venir, y hablaremos de eso aquí, en presencia de V.

— Es V. una verdadera esfinge, amigo mío.

— ¡Ah! si V. amase como yo amo, ya habría V. comprendido que mi único pensamiento es casar con Aissé.

— Es lo mejor que puede V. hacer.

— Lo único. Mi hija tendrá un nombre y una madre reconocidos; mi afecto por ella me exige eso, y lo haré.

— Entonces no está V. necesitado de consejo.

— V. que conoce á Aissé, señora, ¿cree V. que pueda yo hallar mejor?

— Como amiga y como amante, no; ¡pero como a esposa!...

— Sí, no tiene dote, es esclava, hija de no sé quién... Hace V. como Riom, que gallea á causa de su princesa, y que pretende que mi familia nunca me lo perdonará.

— No digo lo contrario.

— Es V. insoportable.

— Y, lo que es más, la familia tendrá razón. ¿Por qué obligar é Aissé á casarse? ¿qué saldrá V. ganando con ello?

— No me comprende V., señora. Querría que Aissé viniese, y V. vería, si tuviese V. ojos.

— El amor le trastorna á V. el juicio; parará V. en la casa de orates.

La verdad es que el casamiento con Aissé no hu-

quiera dado al joven más de lo que ya tenía. En cuanto á ella, ganaba lo que no tenía.

Aissé vino, y la hallé pálida y descompuesta; su sonrisa, antes tan seductiva, era triste. Sin embargo, pareció alegrarse mucho de ver á Aydíe, el cual me dijo:

— Mírela V., señora, y compréndame.

— Efectivamente — repuse, — parece que está triste.

— No, — profirió Aissé; — no puede ser mayor mi contento; ¿no está él presente?

— No lo estoy siempre, mi querida Aissé, y esto es lo que á entrambos nos consume; es preciso que mi presencia sea constante, y de eso vamos á hablar.

— ¿Acaso puede V. rehacer lo pasado? — dijo Aissé.

— No, reina mía — contestó el joven; — pero puedo arreglar lo venidero.

— ¡Ay! ¿cómo?

— Tengo protectores en la corte romana, y conseguiré mi libertad.

— ¿Qué más?

— Ofreceré á la reina de mi corazón mi vida y cuanto poseo, y, en compensación, le pediré que haga indisolubles los vínculos que nos unen, aviniéndose á ser mi muy amada esposa, como es ya la amante más respetada y querida.

Nunca olvidaré la expresión del rostro de Aissé al pronunciar el hidalgo estas palabras. Miró á su amado con ternura, gozo y orgullo inefables, y tardó algunos segundos en contestar, como para saborear una dicha de la que no volvería á disfrutar.

— ¡Ah! mi querido Aydíe — articuló por fin la joven, por cuyas mejillas rodaron dos lágrimas, lentamente, como resbalan dos perlas, y sin que ella las enjugase.

— Consiente V., ¿no es verdad? No sé por qué lo pregunto, porque, ¿por ventura podría V. repelerme, amándome como me ama?

— Dios sabe si le amo á V. — contestó la joven, — y cabalmente por eso no acepto.

— ¡Cómo! ¿no acepta V.? — exclamé.

— ¿Acepta? — dijo Aydie, que había oído mal.

— No acepto, señora; no acepto, amigo mío — articuló Aissé.

Imaginé que ambos estaban locos, locos á su modo; pero me guardé de intervenir en aquel asunto; que hay cosas en las que uno no se mete.

— Mi querida Aissé — profirió el hidalgo, — no diga V. que se niega á labrar mi felicidad, pues no la creería á V.

— Hará V. bien en no creerlo; pero no consentiré de ninguna manera en hacerle á V. desventurado.

— ¡Aissé, mi querida Aissé! — exclamó Aydie.

Y el hidalgo, con ser bravo é intrépido, con alentar un alma á la que espadas y cañones no habrían conmovido, lloraba al proferir aquellas palabras. ¡Qué débiles son ante sus afectos los grandes corazones!

— No se aflija V., amigo mío — dijo Aissé; — cada lágrima de V. es para mí una puñalada, peor todavía; mientras me quede aliento, no me separaré de V. ¿Qué más necesita V.?

— Necesito que me pertenezca V. ante los hombres como me pertenece ante Dios; necesito que ninguna voluntad humana pueda separarnos, y tener la seguridad de ser siempre venturoso como lo soy ahora. ¿Tendría V. la crueldad de rechazarme?

— Razona V. como un enamorado de quince días, amigo mío — replicó Aissé, sonriéndose, con el cariño y la tristeza de la abnegación y la ternura; — de casar yo con V., daría V. su apellido á una esclava,

á la hija de un camellero, á una mujer universalmente acusada de haber pertenecido á su señor y de haber guardado una conducta reprobable; en una palabra, no soy digna de V., caballero Aydie; su familia de V. nos expulsaría de su seno á entrambos, y con razón, y no consentiré que por mi causa pase V. ningún disgusto ni sea objeto de una injuria.

— ¡Un disgusto! ¡Ah! ¿me dará V. otro mayor que este? ¡Una injuria! ¿la hay más real que repelerme? ¿Así, pues, V. me desprecia?

— Le admiro á V., le venero, le adoro, y me gloriaré eternamente de que me haya V. juzgado digna de ser su esposa. La única manera como puedo probar que lo merezco, es rogarle á V. que olvide este deseo.

— Ya lo oye V., ya la ve V., señora — exclamó el hidalgo volviéndose hacia mí; — Aissé se muere de pesadumbre, acaban con ella los remordimientos, pues los tiene, mi dicha labra su desventura, y quiere arrebátarmela separándose de mí. ¡Cruel!

Entrambos amantes se abrazaron, y se dirigieron uno á otro frases tan patéticas, que habrían arrancado lágrimas á una estatua.

Con todo, Aissé resistía, y, para moverla á compasión, el hidalgo le habló de su hija, diciéndole que para ésta sería muy ventajosa la boda.

— No sé qué provecho podría reportar á nuestra hija nuestro matrimonio; al contrario, Cesarina será más bien vista y más estimada siendo únicamente conocida por hija de V. y dejando á su madre en el olvido. No casándose V. conmigo, tampoco tomará V. otra mujer.

La discreción y la lógica de Aissé eran admirables: sacrificaba su porvenir al de su amante, y por más que éste la instó, se mantuvo firme.

Aydie volvía diariamente á la carga, instándo

nos á todos para que decidiésemos á su amada y acusándonos de no tener corazón y desear su muerte, puesto que no la persuadíamos.

La señora de Villette y lord Bolingbroke interpusieron todo su valimiento. En cuanto á mí, confieso que no lo tomé tan á pechos; aquella boda parecíame excusada, pues á mi entender ambos jóvenes eran más felices y se hallaban más en su centro cual estaban. El matrimonio era mi pesadilla; ¡estaba tan ahíta del mío!

Todo continuó en el mismo estado durante algunos meses, hasta que el acaso puso entre ambos amantes á otra persona que precipitó la catástrofe y determinó el desenlace de aquella linda y sentimental novela.

Yo no hubiera podido amar de tal suerte, y de ello he dado siempre gracias á Dios: las grandes pasiones me parecían enviadas á los hombres, y mayormente á las mujeres, para castigarlos y hacerlos infelices. No he visto parar en bien ni una sola, y eso que tengo más de ochenta años.

Sirva esto de aviso á mi preciosa secretaria.

(La señora habla del amor como de los colores. Está ciega, y nunca ha amado.)

XLII

Como á causa de haber estado más enferma que no solía, he pasado bastante tiempo sin escribir ni una palabra, acabo de hacerme leer las últimas páginas de mi relato, y con sorpresa he visto que todo estaba en desorden. A veces la memoria me es infiel; necesito que me recuerden lo que he dicho, y

mi joven secretaria, aun más atolondrada que yo olvidadiza, no me ha advertido que en la historia de la señorita Aissé hay repeticiones y transposiciones por demás desagradables, que no puedo enmendar sin refundirlo todo, lo cual me es imposible, pues el tiempo me apremia; quiero decir que me quedan pocos días de vida, y que antes de morirme querría dar la última mano á estas Memorias. Con todo eso, confío en que obviarán mi falta la inteligencia y la buena voluntad del lector, el cual comprenderá que la escena ocurrida en el Palacio Real pasa antes de haber Aissé escrito al regente; que la relación del alumbramiento de aquélla, dos veces repetida, es un error de memoria, y que de todo eso tiene la culpa esa torpe niña, á quien doy dimisorias y á la que no quiero más para secretaria. Devuelvo su cetro, digo, su pluma al fiel Viard, que me la prometido escribir lo que yo le dictaré, sin hacerme observación alguna, mal repugne á la opinión que tiene él formada de sus preferidos. Así, pues, no necesito otro secretario que Viard. ¿No me ha hecho decir también la mocosuela que estuve á punto de casar con Lauzún?... ¡A no ser que hubiésemos hecho un matrimonio desigual! ¡Por vida de los atolondrados!

Volvamos á la señorita Aissé, y no la dejemos nuevamente hasta el fin.

Aissé se trasladó á Borgoña, al castillo de Pont-de-Veyle, en compañía de la señora de Feriol, que, cuando las circunstancias le permitían salir de París, pasaba en aquél, á las veces, alguna temporada con sus amigos. La joven siguió de intento á la señora de Feriol, pues tenía toda su vida y toda su dicha concentradas en Aydié, que aprovechó aquella circunstancia para ir á su vez á visitar á su familia. Encontráronse, pues, ambos jóvenes separados y

reducidos á cartearse, lo que es un dolor insopon-
table para los que se aman como ellos se amaban.

Triste y melancólica, Aissé se paseaba sola bajo los copudos árboles del parque, huyendo de las numerosas visitas que iban á saludar á su protectora, como se estila en provincias con todas la damas que poseen castillo.

Sin embargo, llegó una visita á quien Aissé, por gratitud, tenía que acoger: era una amiga de la familia Feriol, más, era una aliada de lady Bolingbroke, y venía de parte de ésta.

Aquella visita era la señora de Calandrini, de Ginebra, casada con un hijo de esta ciudad, é hija del señor de Pelissary, contador principal de la marina francesa. Una de las hermanas de la señora de Calandrini había casado con el vizconde de Saint-John, padre de lord Bolingbroke, que era hijo de primer matrimonio.

La señora de Calandrini pasó algunas semanas en Pont-de-Veyle, y se aficionó por tal manera á la hermosa griega, que le prometió pasar el próximo invierno en París para verla más á menudo.

Era, la señora de Calandrini, mujer de clara inteligencia, virtuosísima, un poco gazmoña, como todos los que viven en Ginebra, pero atemperada por sus primeras amistades. Pronto se enteró la buena señora de los amores de Aydíe y de Aissé, conocidos de todo el mundo, y sobre el particular forjó un proyecto de reforma. Empezó por amonestar cariñosamente á la joven, por decirle una y otra vez que una situación como la suya no era sostenible para una muchacha honrada, y le expuso lo que ella apellidaba *su conducta*, de la que le hizo evidente toda la abominación. ¡Pobre Aissé! ¡un amor como aquel!

— No puede V. vivir así, señorita — dijo á la

griega la señora de Calandrini. — Case V. con el caballero de Aydíe; ha de hacerlo V. por su hija y por V., ó...

— ¡Casarme con el caballero, señora! — contestó Aissé, — lo amo demasiado, y amo también demasiado á mi hija para cometer una acción semejante. Con frecuencia lo he dicho, no soy digna de él, y mi hija, sin madre es más venturosa y está en mejor situación que con una madre como yo. Es únicamente hija del caballero, y estoy segura de que, como tal, será acogida y festejada en todas partes como lo es él.

— Entonces no titubee V., tome aliento y rompa los vínculos que los unen.

— ¡Señora!

— Sea V. la amiga del caballero, su hermana, pero deje V. de ser su amante. El la amará á V. lo mismo, y reconquistará V. su propia estima y la de los demás.

— Esto nos causaría á entrambos la muerte, señora.

— Nadie muere por cumplir su deber.

— ¡Ay! — exclamó Aissé, — ¿así, pues, he de reducir á la desesperación á un hombre á quien querría yo hacer tan dichoso? Nuestra pasión ha resistido á todo: al dolor, á las persecuciones, á la ausencia. El caballero se fué al riñón de Polonia, y, desde allí, me escribía cartas ardientes; sólo pensaba en mí. Su familia, mis protectores, mis amigos, intervinieron, y desarmamos su severidad y su ternura. ¡Nada ha podido separarnos, y ahora habría que hacerlo cuando todo nos une uno á otro!

— Si es V. cristiana y tiene apego á su buen nombre, no puede titubear ni por espacio de un segundo.

— Nunca tendré el valor de afligirlo, señora.

— Supuse en V. más grandeza de alma, más fe, más confianza en Dios.

— Amo á la virtud sobre todas las cosas, señora; pero no puedo pensar en el dolor del caballero sin que mi alma se derrita en lágrimas. Si V. hubiese sido la señora de Feriol, me habría V. inculcado sus firmes principios, y en ellos no hubiera yo flaqueado, mientras que ahora...

— Nunca es demasiado tarde para reparar. Si me quiere V., hágalo por mí.

— La quiero á V. de todo corazón, señora; la quiero como á mi madre, como á mi hija, como una hermana, como á mi amiga, como á todo cuanto podemos querer en este mundo.

— Pues todo ha de serle hacedero para complacerme.

— Sí, pero ¿y el caballero? á él le quiero como á mi amado.

— ¡Ay! mi querida amiga, está V. muy enferma.

— Sólo me curará la muerte, señora.

Tales conversaciones se renovaron con frecuencia; no pasó día sin que la ginebrina repitiese su antífona.

Aissé resistía con todas sus fuerzas, pero cedía palmo á palmo, y, por último, prometió que probaría á obedecer.

A la pobre Aissé la veíamos triste, enferma, ocupada incesantemente en no sabíamos qué, llamando al caballero, repeliéndolo y colmándolo de caricias, pidiéndole perdón y rogándole que se alejase, llorando día y noche, y negándose á explicarse con nosotras. El pobre Aydié no sabía qué hacer, pero nunca perdía la paciencia. Ofrecía constantemente á su amada casar con ella, la apremiaba para arrancarle su consentimiento, y se retiraba desconsolado y retorciéndose las manos al negarse ella.

La pobre Aissé se menoscababa más y más, y la fiebre, que no la dejaba, la consumía hasta hacer incurable su mal. La señora de Calandrini puede muy bien decir que la asesinó con su virtud y sus amonestaciones.

Aissé fué á ver á su amiga, que había regresado á Ginebra á fin de cobrar alientos; se entregó á la devoción más ardiente, y vióse ayudada por la voz de su conciencia, que le aconsejaba que obedeciese á los consejos de la prudencia. Al regresar de Ginebra, la joven se detuvo en Sens, vió á su hija, que le pareció la niña más amable, y, en los contados días que pasó junto á ella, se fortaleció aún más, tanto que, á su llegada á París, estaba firmemente decidida.

Al vernos de nuevo, Aissé me cubrió de besos, y, sin manifestarme de qué se trataba, me rogó que viese á menudo al caballero, y lo distrajesse, y me lo llevase conmigo, procurando de esta suerte que pasase en la corte todo el tiempo que fuese posible. Y esto me lo recomendaba Aissé, que antes se quejaba tan amargamente de que el caballero fuese á la corte.

— ¿Por qué todo eso? — pregunté á la joven.

— Porque voy á hacer mucho mal al caballero, y sus amigos han de procurar que aquél lo olvide — contestó Aissé.

— Si le hace V. mal, en mi concepto se hace V. á sí misma tanto como á él — dije; — porque V. ha vuelto en un estado desastroso. Primeramente cúrese V., cúrese, y luego le hará V. mal, cuando sea V. capaz de soportarlo.

Aissé no me contestó, y alzó los ojos al cielo como para ofrecerle en holocausto su dicha y la de su amado, al cual volvió á ver, y pasó dos días con él, sin revelarle nada y mostrándose más tierna y afectuosa que nunca.

La última noche, al despedirse los dos amantes, ella dió á besar su mano al caballero, y le dijo:

— Mañana recibirá V. carta mía.

— ¿Una carta? ¿y por qué? ¿Acaso no nos veremos?

— No lo sé; pero, sea lo que fuere, escribiré á V. diariamente.

— Esto me da que pensar.

— No le dé eso ningún cuidado; el que yo le escriba, sólo puede redundar en nuestro provecho.

— ¡Ah! ¿acaso consiente V.?

— Consiento en lo que es más favorable á entrambos.

Con efecto, al otro día, Aydíe recibió una carta, de la que él mismo me dió una copia. Decía así:

«Al escribir á V. por vez primera, me estremezco, pues temo que interprete V. mal esta carta. Voy á expresarme con toda la efusión de mi alma, con toda la ternura de mi corazón. Quizá lo aflija á V., y si así es, le conjuro que no me acuse. Quiero á V. cuanto puede quererse, tanto como á Dios. De amar á V. desmayadamente, no me sentiría con fuerzas para hacer el sacrificio que hago, menos para mi provecho que para la dicha de V. Vivimos sujetos con vínculos que repugnan á mi conciencia, amigo mío. Podemos y debemos amarnos, pero no como nos amamos; esto no está bien, es faltar á la ley divina, y, si no quiere V. que me muera, pondrá fin á mi martirio acallando mis remordimientos. No puedo ni quiero ser en adelante para V. más que una hermana, ni he de continuar siendo un obstáculo á su existencia, interponiéndome entre V. y lo venidero. Es V. libre, amigo mío, y puede V. cifrar en otros proyectos las esperanzas que lo alientan. Nada menoscabará mi afecto por V.; mientras me

quede un soplo de vida, seré su Aissé; sólo á V. puedo amar, y su dicha es la mía.

«He prometido á Dios no ser para V., en lo sucesivo, más que lo que debo ser, y no me hará V. faltar á esta promesa; sobre todo no me dirá V. que, á causa de ella, V. padece, pues me quedaría sin fuerzas para cumplirla, y no podría soportar más el tormento que me abrumba. Por el desorden de esta carta juzgue V. de mi situación.

«Recomiendo á V. un tierno ser á quien V. quiere. Ponga en él la amistad que siente por mí; sea V. para él lo que es para la pobre Aissé, y moriré contenta si sé que está en manos de V. Conozco á V., amigo mío, y sé quién es V. y cuánto vale; nadie le hará tanta justicia como yo. Por eso espero que atenderá V. mi súplica. No venga V. hoy, ni mañana, sino cuando esté V. bien seguro de sí. Contésteme después de haber reflexionado, y compadézcase de mi dolor, que no podría ser más vivo si V. lo compartiese.»

Aydíe, al recibir esta carta, fuése á casa del caballero de Frossay, su amigo del alma, que también era guapísimo, aunque no tenía el atractivo del amante de Aissé. Como ya dije, Voltaire había tomado de aquellos dos perfectos caballeros el modelo de su Coucy en *Adelaida Duguesclin*. Ambos amigos llegaron juntos á mi casa, y Aydíe, todo trastornado, me mostró la transcrita carta, diciéndome:

— ¡Ah! señora, mire V. lo que Aissé me escribe, y dígame qué significan sus palabras.

— Esto es obra de la ginebrina—contesté;—hace tiempo que lo sospecho. ¿Qué va V. á hacer?

— Debe acatar los deseos de su amiga, señora—profirió Frossay;—el hombre correcto no ha de obligar á una mujer á hacer lo que no quiere.

— Mudará de consejo—repliqué.

— No, señora —arguyó Aydíe; — V. no conoce á Aissé como yo. Pues se ha decidido á escribir esto, es que está resuelta. Hace tiempo que lucha, y esta es indudablemente la causa de su menoscabo. Ahora ha tomado una resolución firme.

— Pues tómelas V. también por su parte — dije al hidalgo.

— Me moriré de resultas.

— V. y ella van á morir, pues Aissé no resistirá á la separación, estoy persuadida de ello.

— ¡Ay! señora, ¿para qué darnos tantos sinsabores? ¿V. cree que la virtud consiste en eso?

Como no me correspondía responder á esta pregunta, me callé, y lo mismo hizo Frossay.

Ocho días hacía que la pobre Aissé se negaba á ver á su amado, cuando su fiel Sofia llegó á mi casa deshecha en lágrimas y me dijo que su ama estaba gravemente enferma, y que era preciso enviar por Aydíe sin decirle nada á ella, porque se negaría á verlo, y que seguramente aquélla sucumbiría de no poner cada cosa en su lugar.

Aydíe se apresuró á visitar á su amada, á pesar de la cual fué recibido, y se derribó á los pies de ella, y llorando, con el rostro descompuesto, le rogó que no lo despidiese. Aissé se enterneció hasta lo más profundo de su ser, y también ahora, como lo previera, la señora de Calandrini quedó desautorizada. Desde aquel instante, empero, Aissé quedó herida mortalmente; la lucha eterna entre su corazón, su razón, sus remordimientos y todos los afectos de su alma, se hizo insoportable. La desventurada enfermó de tal suerte, que se le dañaron el pecho y las entrañas hasta el extremo de no poder tomar sino leche, y aun ésta no le producía efecto alguno. La vida se le hacía intolerable; que ía y no quería;

rechazaba al triste Aydíe y luego lo llamaba; suplicaba, lloraba, y, en ocasiones, la asaltaban dolores tan agudos, que chillaba como una parturiente. Todos la compadecíamos y nos dolíamos de sus males.

Sucedió lo que menos podía preverse: Dios se sirvió, para llamar á sí á la joven, de la persona menos propia para el caso. La señora de Parabere se metió en la cabeza hacerla confesar, é insistió sobre ello, diciéndole que estaría más sosegada si se decidía á efectuarlo.

Ahora bien, al manifestar yo á la señora de Parabere mi asombro de verla transformarse en apóstol, me contestó:

— Voy á decir á V. lo que me ha decidido. Tengo una tía que se retiró al convento de la Magdalena del Traisuel, no para recibir allí al señor de Argensón en compañía de las monjas, sino para vivir realmente entregada á Dios. Envióme á buscar mi tía, y fuí á verla, y se puso á amonestarme, lo cual no me hizo ninguna gracia. Con todo, como en ella vi á una mujer que, á pesar de padecer todo el año cinco ó seis dolencias crónicas y de verse atormentada de todas suertes, arruinada, afligida por sus hijos, perseguida de su marido, que por dos ó tres veces había intentado asesinarla en su juventud, estaba tranquila, y era dichosa, y tributaba por todo alabanzas á Dios, encomendándolo todo á él, y tan resignada, llevando sus cruces de tal manera, me dió que meditar, y pensé inmediatamente en la pobre Aissé, á quien quiero de veras. Echese ésta en brazos de la religión, y sanará.

— ¡Ah! nada más deseo — contestó la enferma; — pero antes es preciso dar fin á toda relación con el caballero y que él lo consienta. Ahora eso no ha de hacersele cuesta arriba, pues sólo inspiro horror.

— En primer lugar — profirió la señora de Parabere,—no inspira eso que V. dice; además, se pondrá V. buena, y volverá á ser hermosa, y al caballero le costará grandemente romper con V. sus relaciones.

—La señora de Parabere tiene razón—dije;—pero no la detenga á V. eso, al contrario, obre V. según más le convenga, y no se preocupe con lo demás. Dios no es tan descontentadizo como los hombres; y ve lo que éstos no ven. Si quiere V. un confesor, yo le traeré uno excelente; el mío es el padre Bour-sault, hombre de claro entendimiento y conocedor de las mujeres.

—Lo acepto — contestó Aissé;—pero ¿cómo nos libertaremos de la señora de Feriol? Si ésta ó la señora de Tencin conociesen nuestros proyectos, se levantarían en torno mío más intrigas que tiempo nos quedaría para contrarrestarlas. La señora de Feriol me traería un confesor molinista, y la señora de Tencin, que me aborrece, hallaría el modo de enconar esta resolución, naturalísima en una moribunda. No digamos nada. Esta noche escribiré al caballero dándole á conocer nuestras intenciones, y obtendré su consentimiento; nada quiero ocultarle.

Aissé escribió algunas líneas al caballero para recordarle su primera carta y ratificarse formalmente en ella. De tales líneas no se sabe el paradero; pero á continuación copio la contestación de Aydíe, y por ella el lector podrá juzgar, uno tra otro, á aquellos perfectos amantes:

«Su carta de V., mi querida Aissé, más que desazonarme me enternece: tiene una apariencia de verdad y un aroma de virtud á que no puedo resistir. Pues V. me promete amarme eternamente, de nada me quejo. No comulgo en el modo de sentir

de V., lo confieso; pero, á Dios gracias, estoy aún más distante del espíritu de proselitismo, y pareceme muy en su punto que cada cual obre según su conciencia. Con tal viva V. tranquila y dichosa, mi querida Aissé, nada me importa el modo; todos me parecerán soportables, siempre que no me destierren de su corazón. Por mi conducta verá V. que soy nerezador de sus bondades. Y digo yo, ¿por qué no me amaría V., toda vez que la sinceridad y la pureza de su alma son lo que á V. me liga? Esto se lo he dicho á V. mil veces, y verá V. que no la engaño. ¿Sería justo que V. esperase que los efectos le hubiesen probado la veracidad de mis palabras para dar crédito á ellas? ¿No me conoce V. lo suficiente para tener en mí la confianza que la verdad inspira siempre á cuantos son capaces de sentirla? Esté V. persuadida, mi querida Aissé, de que la amo cuan tiernamente puede amarse y con toda la pureza que pueda V. deseárselo. Sobre todo tenga V. el convencimiento de que estoy más lejos que usted de contraer otros vínculos. Nada faltará á mi dicha mientras me permita V. verla y acariciar el pensamiento de que me tendrá V. por el hombre que le es á V. más fiel. Mañana iré á ver á V., y personalmente le entregaré esta carta. He preferido escribir á V. estas líneas á comunicárselas de palabra, porque conozco que no podría hablar con V. sobre el particular sin turbarme. Soy todavía demasiado sensible; pero quiero ser únicamente lo que V. quiere que sea; y, en la decisión que haya V. tomado, bastará que se cerciore de mi sumisión y de la constancia de mi fidelidad, en la forma que á V. más le plazca, sin hacerla espectadora de lágrimas que me sería imposible represar, pero que yo desapruebo, toda vez que V. me promete ser para siempre mi amiga. Me atrevo á creerlo así, mi querida Aissé, no sólo porque

sé que es V. sincera, mas también porque estoy persuadido de que una adhesión tan cariñosa, fiel y delicada como la mía, hará la impresión que hacer debe en un corazón como el de V.»

Ambos habían consumado el sacrificio; pero el de Aissé era quizá mayor que el de su amante. Este estaba, sin embargo, abismado en un dolor y en una ansiedad que daban lástima. Cuantos rodeaban á la enferma, sin descartar á su perrillo Patie, que desde el extremo de la calle venteaba al caballero y anunciaba su llegada ladrando alegremente, ni á la vaca que proporcionaba la leche y para la cual Aydié compraba heno, eran objeto de su solicitud. El estado del caballero á nada podía compararse, y nosotros tomamos á pechos el tranquilizarlo; aquél, creyendo que á puras liberalidades rescataría su vida, daba á uno dinero para que hiciese aprender un oficio á su hijo, y á otra con que comprar cintas y palatinas; en una palabra, estaba loco ó poco menos.

Cuando preguntábamos al caballero á qué llevarían tales prodigalidades, nos respondía:

— A obligar á cuantos la rodean á cuidar de ella.

Es imposible formarse idea de aquel dolor, de aquella pasión, de aquella solicitud.

Aydié se alejó el día de la confesión.

La señora de Parabere se llevó consigo, no sé adónde, á la señora de Feriol.

En cuanto á mí, salí en la carroza de aquella real pecadora en busca del padre Boursault, que acudió diligente y pasó tres horas con Aissé.

El padre Boursault volvió al otro día y al subsiguiente, sin que la señora de Feriol hubiese regresado, y dió la absolución á la penitente, que comulgó el siguiente sábado. Nosotras teníamos que asistir todas á la ceremonia, y el caballero de Aydié

mostró empeño en concurrir también á ella; pero no se lo permitieron, y se quedó en la pieza contigua, á causa de los criados y para el buen ejemplo.

Derramáronse en aquella ocasión copiosísimas lágrimas. Aissé estaba seráfica, y recibió con unción y fervor inefables el viático. Una vez á solas con el padre Boursault, éste hizo entrar al inconsolable Aydié, que se arrodilló al pie de la cama y como si el corazón quisiese saltársele del pecho.

— Amigo mío — profirió la moribunda tendiendo la mano al caballero, — soy dichosísima, estoy regenerada. Puedo ahora amar á V. pura y santamente, y lo amo con más ternura que nunca lo he amado; pero en mi ternura no queda nada de este mundo. Voy á esperar á V. en otro.

— ¡Aissé! ¡mi querida Aissé! — exclamó el joven.

— Hemos cometido grandes pecados — continuó la moribunda, — y así como yo me he arrepentido, arrepíentase V. también. Una vez me haya muerto, busque V. consuelo en el seno del Dios que nunca engaña, y lo fortalecerá á V. como á mí me ha fortalecido. No abandone V. á la niña que le lego y que amará á V. por los dos.

Al caballero se le puso un nudo en la garganta, quedó como anonadado, y sólo pudo contestar cubriendo de besos y lágrimas la mano de Aissé, la cual prosiguió, dirigiéndose á las presentes:

— Amigas mías, Vds. que ven cómo muere quien admite el Señor en su gracia, aprovechése de mi ejemplo. Agradezco á Vds. su solicitud y su amistad; rogaré por todas Vds.

Nuestros ojos estaban convertidos en abundosas fuentes, y no nos separamos de Aissé hasta haber la pobre rendido el espíritu.

Argentall y Pont-de-Veyle recibieron también patéticos testimonios de amistad de la joven, cuyas

postreras palabras, al ver á su caballero abismado en el dolor, fueron estas:

— Consuélese V., amigo mío; más vale verme muerta que padeciendo como padecía desde que no podía amar á V. con todo el ímpetu de mi alma.

Aissé murió en nuestros brazos el 13 de Marzo de 1733, y Aydié estuvo á punto de seguirla; tal era la desesperación de aquél, que sólo pueden hallarse ejemplos entre los perros; los hombres suelen no tener tan sensible el corazón.

Pasó el caballero varios meses como enloquecido, y algunos años pábulo de una melancolía indecible. Unicamente halló consuelo en su hija, á la que sacó de Sens para llevarla á su familia. Tenía la niña los hechizos y las virtudes de su madre, y su padre la casó bien, con el vizconde de Nanthie, hidalgo del Perigord.

Luego se retiró Aydié á Mayac, castillo de su familia, y no volvimos á verlo sino muy de cuando en cuando.

Yo lo añoraba sinceramente. Venía algunas veces y nos escribía. A mi muerte, hallarán cartas suyas en mis casilleros, todas ellas henchidas de gracia y de primores.

Tuve la pesadumbre de perderlo en 1761.

XLIII

Palabra es palabra: dije que hablaría de mí, y ha llegado la hora de hacerlo. Después referiré otro lance. Con no gustarme entrar en escena, no me queda otro remedio, pues escribo mis *Memorias*. Volveré á tratar de Larnage, y contaré lo que siguió desde

el punto en que dejé en suspenso mi relato, y no digo poco.

Después de la tertulia de Sceaux, cuando me vi envuelta en los pesares de la señora de Parabere y en otros mil acaecimientos, pasé algún tiempo sin oír hablar de mi *amigo en los astros*. Larnage aguardaba que yo lo llamase, y no podía vencer su timidez, lo cual, en un hombre, es defecto de monta, ¿qué digo defecto? un *vicio* casi tan grande como la indigencia. Ambos privan por completo el triunfar.

Con todo eso, estaba escrito que ahora la timidez sería vencida, y que Larnage sería el primero en llegar al fin que después... Pero expliquémonos ordenadamente y sin precipitarnos.

Cierta mañana, y aburrida ya por mi dolencia, que me asaltó temprano, sentí irrefragables deseos de pasar un día entero sola, en el campo, y ponerme en contacto con la naturaleza para meditar más intensamente, como se dice hoy en la jerigonza al uso: la naturaleza y el pensamiento son los dos vocablos dominantes de nuestro tiempo. Rousseau y otros filósofos los han puesto en predicamento; ya veremos, ó, mejor dicho, ya verán adónde nos lleva todo eso.

Me puse, pues, en camino, sin más acompañamiento que un lacayo muy rudo, para ver una casa que estaba en venta en Ville-d'Avray, no porque quisiese yo comprarla, sino para tener un fin ó un pretexto.

El tiempo estaba hermosísimo; alquilé una carroza, mandé que metiesen en ella algunas provisiones, me puse un vestido «ad hoc», y emprendí el camino en la esperanza de disfrutar extraordinariamente.

Una vez en Ville-d'Avray, almacené mi carroza en un mesón, donde admitieron á mi lacayo en la